

VIII

Los chinos, definitivamente vencidos en el campo de batalla, intentaron un último recurso teatral para alejar de su capital al enemigo triunfante.

El 22 de septiembre, un «pequeño mandarín, de botón de plata y con una bandera,» presentóse en el campamento y entregó á los embajadores un mensaje que intencionadamente llevaba fecha atrasada y no hacía la menor alusión á la batalla de la víspera. Los chinos graduaban la categoría de sus diplomáticos por la gravedad de las circunstancias: esta vez el negociador ya no era un alto funcionario como Kwei-liang, ni un príncipe como Tsai, sino que era Kong, el propio hermano del emperador, el cual desautorizó á Tsai, del mismo modo que Tsai había desautorizado á Kwei-liang. «El príncipe, decía Kong, había llevado mal los negocios y había sido privado de su cargo,» en cuanto á él, añadía, no se parecía en nada á sus predecesores, sino que merecía toda confianza y tenía plenos poderes, de modo que ya no se oponía nada á la paz. «Que sean conducidos, ante todo, los rehenes á nuestro campamento,» replicaron el barón Gros y lord Elgín, asombrados de tan impudente candidez. En esto llegó de Pekín un nuevo despacho escrito en el mismo tono cínicamente ingenuo. «En un solo punto, decía Kong, habían discutido los negociadores occidentales y el príncipe Tsai, á saber, en la presentación hecha directamente al emperador de las cartas autógrafas de los soberanos de Francia y de Inglaterra; pero la circunstancia de haberse enfadado el Sr. Parkes lo había echado todo á perder. Cuando los europeos regresaban de Tung-chao, habíanse reanudado las hostilidades y por esto habían sido capturados en el combate como prisioneros de guerra. Todos recobrarían la libertad, pero después de firmada la paz y de evacuados los fuertes del Pei-ho.» «Tal es la costumbre de las naciones de Occidente,» añadía el chino, hábil, como la mayoría de sus compatriotas, en prevalerse del derecho público europeo ó en eludirlo, según le conviniera. La respuesta no se hizo esperar: «No se trataba de prisioneros de guerra, sino de parlamentarios.» Kong no por esto se desanimó, sino que convino en que había habido una equivocación lamentable y volvió á desautorizar á Tsai: «Soy el propio hermano del emperador, repetía, y he obrado siempre lealmente, sin engañar jamás ni al Cielo ni á los hombres. Los rehenes no serán devueltos, pero *¿qué perjuicio os puede ocasionar la ausencia de algunos oficiales de vuestro noble Imperio?...* Los prisioneros están bien tratados y alojados cómodamente, y á los heridos se les cuida.» En los días siguientes las seguridades empalagosas contenían una vaga amenaza: «Si vuestro noble Imperio emplea la fuerza de las armas para obligarnos á ceder, me temo que vuestros compatriotas, que ahora se encuentran en la capital, no puedan estar suficientemente protegidos (1).»

Mientras una vaga esperanza de salvar á nuestros compatriotas impedía romper, como se merecían, aquellas engañosas negociaciones, los jefes militares preparaban el último acto de la campaña. El combate de

(1) *Correspondence respecting the affairs in China*, págs. 178 y siguientes. — *Correspondence* del barón Gros, págs. 100 y siguientes, 119.

Tchang-kia-uang, y sobre todo el de Palikiao, habían agotado casi todas nuestras municiones; además los efectivos habían quedado reducidos á una cifra muy baja, á consecuencia de haberse quedado en Tien-tsin una gran parte de la brigada Collineau (2) y de haber tenido que diseminar por el camino numerosos destacamentos, en calidad de puestos ó de guarniciones. También los ingleses habían dejado una parte de sus fuerzas en Tien-tsin. A principios de octubre llegaron de esta última ciudad abundantes convoyes de municiones é importantes refuerzos consistentes, por nuestra parte, en el 102.º de línea, varias compañías de infantería de marina y una batería de artillería; y por parte de los ingleses, dos regimientos de infantería mandados por el general Napier. Los dos ejércitos así completados formaban una masa compacta de nueve á diez mil combatientes, y ya no faltaba más que romper definitivamente los lazos de una diplomacia engañadora y rendir por la ostentación de la fuerza á un enemigo á quien sólo la fuerza podría reducir.

El día 5 de octubre levantaron el campamento franceses é ingleses, muy contentos unos y otros de aquel movimiento de avance, exaltados por la sobreexcitación de lo desconocido y animados por la esperanza de vengarse. La etapa fué larga, no tanto por la distancia como por las dificultades topográficas y por la falta frecuente de guías, pues la mayoría de los habitantes habían huído. A la caída de la tarde llegaron los aliados á una gran aldea en donde resolvieron pasar la noche. Alzábanse en el centro de aquel poblado inmensos hornos de ladrillos, y habiéndose encaramado á ellos algunos oficiales, vieron á una distancia de cinco ó seis kilómetros la ciudad de Pekín; murallas con sus grandes torres se destacaban distintamente, y al otro lado de las mismas aparecía la urbe inmensa, prestigiosa, que nadie esperara ver y en la que tan pocos europeos habían penetrado. Corrió la noticia, y todos quisieron saciar su vista con tan curioso espectáculo; mas no tardó en mezclarse á la curiosidad una impresión de tristeza al pensar en los rehenes que tras aquellos muros padecían ó tal vez habían hallado ya la muerte. Aquella misma mañana había recibido lord Elgín una carta del Sr. Parkes escrita en chino, en la que decía «que le trataban bien y que podía tenerse plena confianza en Kong;» pero en la rúbrica de la firma, trazada en caracteres ingleses, el desgraciado intérprete había intercalado estas palabras: «*Todo esto me lo dictan* (3).»

Al día siguiente, apenas amaneció, reanudóse la marcha, algo al azar, como la víspera; sin embargo, por ciertos informes se sabía que al Norte de la capital había un gran campo atrincherado, y los aliados, con la idea de desalojar de él á los chinos antes de atacar la ciudad, se dirigieron hacia aquella parte, situándose al Este de Pekín. De lejos, el campo les pareció desierto y al acercarse á él vieron que había sido evacuado recientemente. En el entretanto, sir Hope Grant recibió un nuevo aviso anunciándole que el enemigo se había replegado hacia Yuen-min-yuen, lugar célebre por estar allí el *palacio de verano del emperador*, y del cual distaban los

(2) El general Collineau se había unido al ejército en 19 de septiembre, pero sólo con muy poca artillería y algunas compañías de infantería.

(3) *Journal* del barón Gros, pág. 125.



PALACIO DE VERANO DEL EMPERADOR DE LA CHINA

expedicionarios, según se decía, apenas dos millas. Como quedaban aún muchas horas de día, no vacilaron los aliados en aprovechar la coyuntura de un combate que sería, á no dudarlo, una nueva y decisiva victoria, y en su consecuencia, sus columnas avanzaron en aquella dirección guiadas por un aldeano chino á quien habían detenido. Pero los caminos se cruzaban como en un laberinto, formando un verdadero dédalo de umbrosas avenidas, de casas de campo y de hondonadas, en donde cualquier sorpresa habría sido funesta; y los dos ejércitos se alejaron uno de otro y no tardaron en per-

La noche se hizo interminable, tal era el deseo de todos de explorar la nueva conquista, y cuando amaneció, el general Montaubán penetró en la residencia imperial con su estado mayor y algunos oficiales: reinaba allí el mayor silencio, hasta el punto de hacer temer alguna emboscada; pero en una batida que una compañía de infantería dió por los kioscos, jardines y sotos, no se encontró un solo chino armado. Muy pronto los tesoros de la suntuosa mansión atrajeron las miradas de todos haciéndoles olvidar todo lo demás; allí habían sido acumulados desde tiempo inmemorial todos los dona-



El general Napier

derse de vista. Comenzaba á dejarse sentir ya el cansancio, cuando los franceses llegaron á un importante poblado, y después de haber pasado un magnífico puente, se encontraron en una calzada de granito, al extremo de la cual veíase entre grandes grupos de árboles una serie de construcciones diseminadas en un parque inmenso: donde creían encontrar al enemigo, encontráronse con un sueño de las *Mil y una noches*.

Las tropas se hallaban delante de aquel famoso palacio del emperador que ningún europeo había pisado, según se decía, y cuyas maravillas eran referidas por vagos rumores. Al través de las puertas sólidamente cerradas, algunos tártaros, al ver á los nuestros, hicieron fuego; pero después de una corta resistencia se replegaron retirándose, sin que los franceses pudieran perseguirles por falta de conocimiento del terreno.

En medio de las sombras cada vez mayores de la noche, los primeros que llegaron pudieron vislumbrar, pero sólo vislumbrar, la fabulosa residencia, que más que un palacio era una serie de palacios, de kioscos, de pagodas y de jardines. Algunos, impulsados por invencible curiosidad, se atrevieron á internarse, pero el peligro de una más larga exploración y de la obscuridad, que ya lo invadía todo, les hizo volverse atrás.

tivos voluntarios de los súbditos agradecidos, todos los rescates de los vasallos culpables, todos los presentes de los príncipes tributarios atentos á captarse ó á recobrar el favor del soberano, todo el producto de las confiscaciones de muchos siglos. En los salones de gala, como en los más íntimos rincones, amontonábanse en revuelta confusión los objetos de oro y de plata, las sederías bordadas y lisas, los cristales, las porcelanas y las piedras preciosas, todo mezclado, todo descuidado, como si para ordenarlo hubiese faltado tiempo, ó como si la misma abundancia hubiese engendrado la saciedad. En la mayoría de aquellos objetos la labor del obrero ó del joyero aun superaba al valor material: candelabros, pebeteros, animales fabulosos, divinidades de oro macizo, todo estaba esculpido, recargado, vaciado, cincelado, retorcido con tan refinado arte, que más que admiración causaba estupor. Al cabo de algunas horas los exploradores regresaron con los ojos llenos de imágenes confusas y deslumbrados por la vista de tantas cosas, si no todas bellas, extraordinarias todas. A fin de que aquellos tesoros sin dueño no excitaran la codicia de los soldados, el general Montaubán organizó un servicio de vigilancia para que nadie pudiese penetrar sin permiso especial en aquella residencia. Después esperó á